

# LOS ESTUDIOS GRIEGOS EN CHILE

A propósito de un libro:

Hesíodo, "Los trabajos y los días"

Introducción, traducción y notas de Fotios Malleros K.

Primera edición bilingüe. Ed. Universitaria. 145 pp.

*por*

*Eugenio Pereira Salas*

El cultivo de las ciencias filológicas helenistas ha sido en nuestro país un proceso digno de estudiarse en sus interesantes pormenores, y que ahora con brevedad, señalamos en esta rápida introducción a la sapiente labor del Prof. Fotios Malleros, Catedrático del Departamento de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile.

En la época colonial si bien el latín fue la lengua intelectual de cronistas y poetas, clérigos y frailes, la lengua griega constituyó un ejercicio lingüístico de selectas minorías. Cortas son las noticias que sobre su estudio tenemos, pero algunas raíces griegas usadas en los acertijos de la poesía enigmística en uso, y sueltos comentarios de algunos autores indican su conocimiento básico.

Puede decirse con apoyo documental, que se debe a la Orden de San Ignacio, a los padres jesuitas, su introducción metodológica por ser indispensable en las disciplinas teológicas avanzadas.

En 1762, en el Convictorio de San Javier había "un profesor de idioma griego", y no fueron pocos los sacerdotes de esta comunidad que manejaron esta lengua, vehículo de la sabiduría antigua.

El griego ausente en el "currículum" de la Universidad de San Felipe (1742), aparece tardíamente en los planes de estudio del señero Instituto Nacional (1813), poco antes que sus altas secciones dieran vida académica a la Universidad de Chile.

Cupo al preclaro Ministro, don Manuel Montt, sancionar el decreto de 5 de marzo de 1844, que establece en el expresado Instituto una clase de griego, "cuyas lecciones se dan tres veces por semana y una hora y media cada día". La cátedra, fundada por el empeño humanístico de esta gene-

ración renovadora, cayó por singular fortuna en la persona del distinguido helenista francés, Luis Ernesto Vendel-Heyl (1791-1854), quien en circunstancias románticas se había establecido en Santiago.

Nacido en París, discípulo del famoso erudito Joseph Planche (1762-1853), cuyo *Diccionario Griego-Francés*, iba a reeditar, ampliado, Vendel-Heyl se impuso "desde niño la obligación de escribir en griego". A los veinte años fue profesor en el centenario Colegio de Santa Bárbara, distinguiéndose a partir de 1818 por sus textos didácticos para la enseñanza de la lengua y de la literatura griegas, libros que gozaron de la popularidad de diversas ediciones. En los volúmenes de la Biblioteca Clásica Polleux se dieron a la luz sus admirables traducciones de Sófocles y Eurípides, los autores más afines a su refinada y dramática sensibilidad. Imbuido en las doctrinas sansimonianas del socialismo utópico, Vendel-Heyl, alejado un tanto de la vida universitaria en las décadas napoleónicas y de la Restauración borbónica, proyectó en 1839, un crucero de estudio alrededor del mundo, a bordo de la fragata *Oriental*, que vino a naufragar románticamente en Valparaíso. Pese a las complicaciones que sus ideas políticas provocaron en el ambiente santiaguino, Vendel-Heyl, gracias al apoyo de don Andrés Bello —humanista de verdad— pudo realizar una fructífera labor, pues no sólo enseñó los rudimentos de la lengua clásica, sino que introdujo precursoramente en el país la técnica directa conocida con el nombre de explicación de textos, que puso al alumno frente al original griego, y a su espíritu.

A raíz de su triste deceso, que conmovió a los intelectuales del Movimiento de 1842, quienes expresaron su pesar en el encomio fervoroso de don Diego Barros Arana, la cátedra del Instituto Nacional fue entregada interinamente a su hijo Emilio, nacido en Francia.

En 1857 tomó la dirección de las disciplinas humanistas de este plantel, el erudito bibliotecario alemán, Justo Florian Lobeck (1798-1869), que vino de su tierra natal de Konisberg como tutor de una familia chilena. Era el erudito, persona distinguida, vinculado con intelectuales de nota en los medios universitarios. En Chile escribió excelentes textos para la enseñanza de los idiomas clásicos, los que reflejan sus tendencias didácticas rigurosas y su apego al sistema clásico del aprendizaje de la gramática por la regla y la disertación.

A raíz de su sensible fallecimiento, la cátedra del Instituto Nacional se mantuvo interina algunos años hasta que las autoridades logran encontrar el maestro adecuado en el filólogo alemán, José Roehner, crítico literario, conocedor de la historia universal, que había llegado anónimamente como activo colono a la recién abierta provincia de Valdivia. Roehner ocupó sucesivamente la cátedra de latín del Liceo Alemán; de Latinidad

Superior y griego en el Instituto Nacional y animó la juvenil Academia Literaria de dicho establecimiento.

Pese a la resonancia en el ambiente educacional del famoso decreto que puso fin a la enseñanza del latín como ramo básico de la segunda enseñanza chilena, lucha ideológica ajena a los propósitos científicos inherentes a toda vida universitaria, en 1883 llegó al Instituto, en calidad de suplente de griego, la simpática personalidad de Carlos Rudolph (1852-1917). Nacido en Witenberg —cuna del protestantismo— desempeñó en Chile diversas faenas como profesor de idiomas, pedagogo y organizador de la Sociedad Científica Alemana. El futuro y recordado Rector del Liceo de Valparaíso y dinámico campeón del sistema concéntrico en la enseñanza era, recuerdan sus ex alumnos, un excelente profesor de griego.

Tocó al ilustre profesor Federico Hanssen (1857-1919), realizar el paso de la cátedra de Lenguas Clásicas, estudiadas hasta entonces en un nivel secundario, al seno de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, al abrirse las puertas del Instituto Pedagógico (1889) de que Hanssen fuera uno de los animadores. El eminente autor de la *Historia de la Lengua Castellana*, había obtenido su título de Doctor en la Universidad de Strasburgo, y su venida a Chile se debió al contrato de Gobierno que le hiciera el Ministro de Educación, don Julio Bañados Espinosa, para regentar la cátedra de latín y filología clásica. Aunque la extraordinaria actividad de Hanssen siguió caminos humanísticos diferentes, su aporte al estudio de la lengua griega en Chile está contenida en sus artículos: *Música Griega; Interpretación de La Iliada* y la traducción del *Ruego de Tetis*, trabajos aparecidos en los "Anales de la Universidad de Chile".

El término de la enseñanza del latín en el Instituto Nacional, activó la renovación de los estudios teológicos en el Seminario de Santiago, lo que trajo aparejado el cultivo de las lenguas bíblicas. En los conventos del país se inició el estudio de griego, y así en la orden de los Mercedarios, se distinguió en el cultivo de esta disciplina, el Pbro. Juan de Dios Romo (1818-1854), muy conocido en los círculos pedagógicos por haber regentado el afamado Colegio que lleva su nombre (1836).

En el Seminario Pontificio de Santiago, el griego se declaró obligatorio el año de 1844, pero por falta de profesores idóneos, los manteístas debieron aprovechar las citadas clases del Instituto Nacional. El año de 1863 comienza su meritoria dedicación didáctica a esta cátedra, del Pbro. Luis Vergara Donoso (1842-1909), quien "ocupó casi su vida entera en enseñar en el Seminario la lengua griega". Clérigo de bizarra figura física, que tal vez impidiera su más alta promoción eclesiástica, Vergara fue un encendido polemista en el "Estandarte Católico" y en la "Revista Ca-

tólica", pero su ambición intelectual estuvo más bien concentrada en el aprendizaje de la lengua y de la literatura griegas, que logró dominar, gracias a los oportunos consejos de su amigo y gran filólogo Fray Armengol Valenzuela (1843).

En 1892, la obligatoria cátedra de griego regentada por Vergara Donoso fue declarada "curso extraordinario para los alumnos más aventajados, con tres horas semanales de clases". Pese a ello el sabio clérigo talquino continuó la enseñanza de esta lengua maestra hasta el año de 1905, en que una dolencia a los oídos le impidió seguir su noble magisterio. Un año más tarde fue reemplazado en el cargo, por la venerable personalidad apostólica, del primer Cardenal de Chile, Monseñor José María Caro (1866-1958), alumno destacado del Colegio Pio Latino de Roma.

La cátedra fue continuada intermitentemente por el Pbro. Olegario Lazo. Hoy día la clase transformada en "griego bíblico", está en manos del Padre Hoffmann, de la Universidad de Lovaina, contratado para este objetivo por el Seminario Pontificio.

Otro de los centros eclesiásticos que ha renovado la enseñanza de las lenguas clásicas, de acuerdo con las necesidades del aprendizaje de la historia del Nuevo Testamento, es la Facultad de Teología de la Universidad Católica, escuela que, desde su apertura en 1938, mantiene una cátedra de griego, que regentó el Pbro. Daniel Iglesias.

A partir de 1960 desempeña estas tareas superiores el P. Moreno, Licenciado en Sagradas Escrituras, con estudios en Italia y Alemania.

En la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica, se estableció al igual, una cátedra de griego que desde hace 20 años dicta el P. Alfonso Piña del Pino. En la actualidad lo acompañan en estas labores el Prof. Fernando Ponce y el P. Ladislao Yugas, quien es a la vez profesor del mismo ramo en el Seminario de Loyola, su orden.

Además de la enseñanza funcional de los idiomas grecolatinos como introducción a la cultura antigua y como disciplina filosófica, se produjo en Chile un despertar helenista provocado por la actividad superior de una pléyade de intelectuales. En esta tarea humanista se destacan Ricardo Dávila Silva (1873-1960), quien, además de su labor crítica que ilustró su seudónimo de Leo-Par, reunió una selecta biblioteca, sin duda uno de los repositorios más importantes de la literatura griega en el país. Dávila Silva fue profesor de Literatura Griega en el Instituto Pedagógico (1919) y autor de una *Biblioteca Heleno-clásica*. Sus libros de especialidades fueron donados al Club de la Unión, institución que conserva estos fondos grecolatinos de filosofía, historia y religión.

Particular entusiasmo por estas investigaciones filológicas demostró el Dr. Víctor Barros Borgoño, curiosa personalidad, coeditor de un interrum-

pido *Diccionario Etimológico de Raíces Griegas*, escrito en compañía del Pbro. J. Rafael Salas Errázuriz.

Al grupo clacisista hay que sumar al ilustre escritor francés, avcinda-do en Chile, Omer Emeth, traductor del griego por complacencia y sensi-bilidad. De sus ensayos conocemos: *El grito de Antígona*, que revela sus conocimientos gramaticales y su esmero estético-lingüístico.

La labor aislada del sacerdote alemán, Pbro. Guillermo Junemann (1856-1938), ha sido valorizada por su biógrafo el académico Pbro. Fidel Araneda Bravo. Tradujo *La Iliada*, de Homero, publicada en Concep-ción en 1922 y es autor de una versión directa del *Nuevo Testamento* (Concepción, 1928).

Sin duda alguna, el humanista más representativo y cabal de este pe-ríodo, es el Pbro. Juan Rafael Salas Errázuriz (1855-1921). La cultura espa-ñola le debe las admirables traducciones en verso del drama griego, que elogiaron al igual don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Miguel de Una-muno, quien, además, las utilizaba como textos de estudio en su famosa cátedra de la Universidad de Salamanca. Salas Errázuriz fue una persona-lidad original y bizarra dentro de la literatura chilena. Notable crítico literario, noble humanista que supo verter la poesía de Horacio al caste-llano, desde su juventud se impuso como meta intelectual de su vida la versión en verso hispánico de los escritores dramáticos de la Grecia clás-ica. En 1889 daba a la estampa su traducción del *Prometeo Encadenado*, de Esquilo, con excelente estudio preliminar, continuando la profundiza-ción estética y filológica de las obras de su autor favorito hasta 1904, año en que la Universidad de Chile editó la serie completa de la Tetralogía esquiliana que comienza con *Agamenón*. Su influencia profunda en este campo de difícil cultivo podemos observarla en la actividad de sus buenos amigos el Dr. Víctor Barros Borgoño, Omer Emeth y el Pbro. G. Ju-nemann.

A comienzos del siglo se hizo sentir en Chile y en Hispanoamérica con intensidad una concepción clásica, ajena a la actividad científica de los filólogos, y que tuvo su inspirador en la suave personalidad de Ernest Renan, maestro de las juventudes inquietas. El "milagro griego", fue el ar-quetipo de equilibrio, de euritmia estética, para esas generaciones que repitieron con el maestro su *Oración sobre el Acrópolis*; algunos desde lejos en la intimidad del espíritu, otros entre los mismos mármoles penté-licos, como Miguel Luis Rocuant, tripulante de *En la barca de Ulises*, que iba escribiendo, estremecido al ascender a la colina sagrada: "Subimos por el camino del ensueño"...

Fue también esta época la de una postura clacisista, a la manera del cronista Enrique Gómez Carrillo, filosofía anticipada en los versos y en la

obra de Rubén Darío, en una de cuyas estrofas se lee: "Amo más que la Grecia de los griegos — la Grecia de Francia"...

En la decidora década de 1920 los estudios clásicos tuvieron un verdadero renacimiento en el seno de la Universidad de Chile, debido a la presencia en las aulas formativas del Instituto Pedagógico de algunos grandes maestros. El ejemplar magisterio del Dr. Rodolfo Oroz, arquetipo humanista, contribuyó a extender el gusto por estas disciplinas en las jóvenes generaciones, y gracias a ello la pasada promoción honorable de autodidactas y aficionados, pudo encauzarse dentro de los marcos de la solidez metodológica de la ciencia.

Otro profesor digno de especial recuerdo es el Dr. Hipólito Galante, de la Universidad de Roma, sabio lingüista y excelente maestro. Cabe señalar dentro de este grupo al Dr. Genaro Godoy, profesor jefe de la Sección de Filología Clásica, de la Universidad de Chile, alumno de Galante, que prosiguió sus estudios en Italia hasta obtener la máxima graduación. A su regreso sirvió una de las cátedras de griego y de Historia de la Antigüedad. Entre sus obras de especialización, apuntaremos la traducción de la *Antígona*, de Sófocles (1951).

Han ejercido otras cátedras de lengua griega el Profesor Adolfo Gómez Lasa, latinista, traductor de Lorenzo Valla, con estudios en Alemania; Miguel Anabalón, formado en la Argentina; el Dr. Emilio Goldschmidt y el Profesor Merlán, de Francia. Esta constante humanista se debe en gran parte, a nuestro juicio, al estímulo permanente del ex Decano y ex Rector de la Universidad de Chile, don Juan Gómez Millas. Durante los años en que ejerciera estos altos cargos, se publicaron las traducciones señaladas, con oportunos prólogos explicativos; se becaron en Europa a estudiantes graduados y en todo momento, auspició la actividad filológica humanista dentro de la Facultad de Filosofía y Educación.

En esos decenios llegó al país, procedente de Atenas, el Prof. Fotios Malleros, incorporado a la docencia universitaria por contrato. Además de sus actividades docentes en la cátedra de Historia Bizantina y de Lengua y Culturas Griegas, el Prof. Malleros ha publicado excelentes traducciones directas. Recordamos especialmente su *Epitafio de Pericles*, de Tucídides, con glosas para su mejor comprensión. El Prof. Malleros siente en su espíritu aquella sentencia pronunciada por Omer Emeth a propósito de don Juan Rafael Salas Errázuriz: "Traducir es una gimnástica mental eficazísima y una deliciosa experiencia". Ahora nos ofrece esta primera versión bilingüe de *Los trabajos y los días*, de Hesíodo, precedida por una nota preliminar que ayuda a la comprensión del texto y nos ilustra sobre el autor, su época histórica y el género por él cultivado. Fuimos en un tiempo lectores apasionados de esta obra, en la retórica traducción de Leconte de Lisle, versión española de Germán Gómez de la Mata, que popularizó

entre nosotros la Editorial Prometeo, de Valencia. La delicada tarea del profesor Malleros se basa en el texto original, que sigue literalmente tanto en la prosodia como en el pensamiento de Hesíodo, sin perder el ritmo que refleja la íntima belleza del verso. La labor del profesor Fotios Malleros es admirable en sus nobles propósitos de dar a conocer con verdad histórica y acuciosidad filológica la sabiduría concéptual que contienen las obras clásicas; por estas razones el maestro griego merece el encomio de todos los chilenos; es el remate de una larga tradición, que como lo hemos expuesto, remonta a la época colonial. El texto bilingüe nos inclina por otra parte al elogio de la Editorial Universitaria, que dirige con acierto el Sr. Eduardo Castro. Si comparamos las tribulaciones de Vendel-Heyl para editar los textos latinos a mediados del siglo XIX con la cuidada tipografía del libro del Profesor Malleros, podemos medir materialmente el adelanto cultural de nuestro país.

